

LIBRO UNDÉCIMO

PAZ GENERAL

Última é infructuosa salida de Ganteaume. — Aporta en Derne, no se atreve á desembarcar los dos mil hombres que conducía á su bordo y regresa á Tolón. — Apresamiento del navío *Swiftsure*. — El almirante Linois, enviado de Tolón á Cádiz, se ve precisado á fondear en la bahía de Algeciras. — Memorable combate de Algeciras. — Sale de Cádiz una escuadra compuesta de franceses y españoles para socorrer á la división de Linois. — Vuelven á entrar en Cádiz las escuadras reunidas. — Combate de retaguardia con el almirante inglés Saumarez. — Terrible engaño sufrido por dos navíos españoles, que, creyéndose enemigos, durante la noche combaten á muerte y se vuelan mutuamente. — Hazaña gloriosa del capitán Troude. — Breve campaña del príncipe de la Paz en Portugal. — Apresúrase la corte de Lisboa á enviar un negociador á Badajoz deferente á las voluntades de Francia y España reunidas. — Marcha de los negocios europeos desde el tratado de Luneville. — Influencia creciente de la Francia. — Residencia en París de los infantes de España destinados á reinar en Etruria. — Continúa la negociación de Londres entre Mr. Otto y lord Hawkesbury. — Los ingleses presentan la cuestión de una manera nueva. — Piden el Ceilán en la India, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas, y Malta en el Mediterráneo. — El primer cónsul responde á estas pretensiones amenazando con invadir Portugal, y con hacer, si es necesario, una irrupción en Inglaterra. — Polémica acalorada entre el *Monitor* y los periódicos ingleses. — El gabinete británico renuncia á Malta, y resume todas sus pretensiones exigiendo la isla española de la Trinidad. — Para salvar las posesiones de una corte aliada, ofrece el primer cónsul la isla francesa de Tabago. — El gabinete británico la desecha. — Necia conducta del príncipe de la Paz, que ofrece una solución inesperada. — Trata este príncipe con la corte de Lisboa sin conocimiento de la Francia, y priva de este modo á la legación francesa del argumento que le suministraban los peligros de Portugal. — Irritación del primer cónsul, y amenazas de guerra que hace á la corte de Madrid. — Mr. de Tayllerand propone al primer cónsul terminar la negociación á costa de los españoles, entregando á los ingleses la isla de la Trinidad. — Se autoriza á Mr. Otto á que haga esta concesión; pero sólo cuando no haya otro recurso. — Durante la negociación hace Nelson los mayores esfuerzos para destruir la flotilla de Boloña. — Combates memorables á vista de Boloña sostenidos por el almirante Latouche-Treville contra Nelson. — Derrota de los ingleses. — Regocijo de la Francia, é inquietudes de la Inglaterra de resultas de estos dos combates. — Disposiciones recíprocas para un acomodamiento. — Vencense las últimas dificultades y se concluye la paz bajo forma de preliminares con el sacrificio de la isla de la Trinidad. — Júbilo inaudito en Francia y en Inglaterra. — El coronel Lauristón, comisionado para llevar á Londres la ratificación del primer cónsul, es llevado en triunfo por espacio de muchas horas. — Refínese un congreso en la ciudad de Amiéns para concluir definitivamente la paz. — Serie de tratados firmados sucesivamente. — Paz con el Portugal, la Puerta Otomana, Baviera, Rusia, etc. — Fiesta en honor de la paz, fijada para el 18 brumario. — Asiste á ella lord Cornwallis, plenipotenciario en el congreso de Amiéns. — Acogida que recibe del pueblo de París. — Banquete de la ciudad en Londres. — Muestras extraordinarias de simpatía que se dan mutuamente las dos naciones á la sazón.

Mientras el ejército de Alejandría sucumbía por carecer de un caudillo hábil y también por falta de un socorro llegado á tiempo, el almirante Ganteaume intentaba su tercera salida del puerto de Tolón. Apenas le había dejado tiempo el primer cónsul de reparar las averías causadas por el abordaje del *Diez de Agosto* con el *Indomable*, obligándole á hacerse de nuevo á la vela casi inmediatamente, y Ganteaume lo hizo así el 25 de abril (5 floreal). Tenía orden de ir costeando la isla de Elba para amagar al paso á Porto-Ferrajo y facilitar su ocupación á las tropas francesas. Mostraba empeño el primer cónsul en recobrar esta isla, cuya posesión aseguraban á la Francia los tratados con Nápoles y la Etruria, y en la cual había una pequeña guarnición, mitad inglesa y mitad toscana. Obedeció el almirante, presentándose ante la isla de Elba, disparó algunas balas de cañón sobre Porto-Ferrajo, y pasó de largo por no exponerse á los azares que le imposibilitasen el cumplimiento de su misión. Si hubiese hecho vela directamente, aún hubiera podido ser útil al ejército de Egipto; porque según hemos visto, la posición de Ramanieh no se perdió sino el 10 de mayo (20 floreal); por consiguiente, saliendo el 25 de abril aún había tiempo para impedir

que el ejército fuese cortado en dos, y reducidas sus dos mitades á capitular una después de otra. Para esto hubiera sido menester no perder un momento; pero una especie de fatalidad perseguía al almirante Ganteaume en todas sus operaciones; vímosle salir felizmente de Brest, entrar con más suerte aún en el Mediterráneo, perder ánimos de repente, figurársele que eran ocho los cuatro buques ingleses que encontró al paso, y volver á entrar en Tolón. Vímosle saliendo de este puerto en el mes de marzo, substraerse al almirante Warren, rebasar la punta meridional de la Cerdeña, y detenerse otra vez por causa del abordaje del *Diez de Agosto* con el *Indomable*; pero aún no había llegado al término de sus desgracias; apenas iba á dejar las aguas de la isla de Elba, una enfermedad contagiosa se declaró en su escuadra; ya fuese resultado del cansancio de las tropas embarcadas hacía mucho tiempo, ya mero revés de la fortuna, dicha enfermedad acometió súbitamente á una gran parte de los soldados y de las tripulaciones.

Juzgóse como imprudente é inútil el llevar á Egipto tan crecido número de enfermos, y el almirante Ganteaume tomó el partido de dividir su escuadra. Encomendó tres naves al contraalmirante Linois, y colocó

en ella á los marineros y soldados enfermos, haciéndole tomar el rumbo hacia Tolón. Continuó su misión con cuatro navíos y dos fragatas dotadas solamente con dos mil soldados, y se dirigió hacia Egipto. Pero ya no era tiempo, porque estaba encima el mes de mayo, y en esta época el ejército francés estaba ya perdido, puesto que los generales Belliard y Menou se encontraban separados uno de otro de resultas del desamparo de Ramanieh. Lo ignoraba el almirante Ganteaume; dejó atrás la Cerdeña y la Sicilia, se presentó en el canal de Candía, logró esquivar varios encuentros con el enemigo, se adelantó hasta el mismo Archipiélago para substraérsele, y fué por fin á fondear en la costa de Africa á pocas jornadas al Oeste de Alejandría. Escogió el punto de Derne, designado en sus intrucciones como propio para un desembarco; creíase que las tropas podrían atravesar el desierto y llegar á Alejandría en unas cuantas marchas, dándoles víveres y dinero para alquilar los camellos de los árabes, pero la conjetura era harto arriesgada. Hacía pocas horas que el almirante Ganteaume había mandado echar anclas y botar al agua parte de sus chalupas, cuando los indígenas acudieron á la costa é hicieron sobre nuestras embarcaciones una impetuosa descarga.

Jerónimo Bonaparte, el hermano menor del primer cónsul, se hallaba entre las tropas de desembarco.

Hicieron vanos esfuerzos para atraer á los habitantes y granjearse sus ánimos; hubiera sido preciso destruir la pequeña población de Derne, y marchar sobre Alejandría sin agua, casi sin víveres y en un combate continuo; pero semejante empresa era descabellada, y además carecía de objeto, puesto que de aquellos dos mil hombres, mil á lo sumo hubieran llegado al término del viaje, y no era cosa de hacer perecer á tantos valientes para proporcionar un socorro tan insignificante.

Un suceso fácil de prever puso finalmente término á toda duda: creyó el almirante divisar á la escuadra inglesa, y al punto sin más deliberación izó sus chalupas á bordo, no se dió siquiera tiempo de levar anclas, y cortó sus cables para no verse atacado en fondeadero: se puso á la vela, y no pudo alcanzarle el enemigo.

La fortuna que tan mal le había tratado, porque sólo prodiga sus favores á los ánimos bastante osados para entregarse á ella, le reservaba una compensación de sus pasadas desgracias.

Al atravesar el canal de Candía avistó al navío inglés el *Swiftsure*, de alto bordo, le dió caza, y envolverle, cañonearle y apresarle, fué todo ello cosa de pocos instantes. Este feliz encuentro le ocurrió el 24 de junio (5 mesidor); el almirante Ganteaume entró en Tolón con esta especie de trofeo, débil compensación de tantos revesses sufridos, y el primer cónsul, propenso como de costumbre á la indulgencia con todos sus antiguos compañeros de peligros, tuvo á bien aceptarla como suficiente y mandó que se publicase en el *Monitor* (1).

Sin embargo, todas estas maniobras navales debían tener un término menos desgraciado para nuestra marina. Mientras el almirante Ganteaume volvía á entrar en

(1) En el parte oficial dirigido al ministro de Marina sobre el apresamiento del *Swiftsure* se añade que el día 11 del mismo mes (4 de julio) apresó también el almirante Ganteaume una corbeta inglesa, procedente de Bristol, cargada de provisiones para el ejército inglés en Egipto. (N. del T.)

Tolón, el almirante Linois que fué, como hemos visto, á depositar sus soldados y marineros atacados de la peste, volvió á salir por orden terminante del primer cónsul. Haciendo lavar con cal con toda premura los costados de sus naves por dentro, cambiar las tropas enfermas por otras de refresco, y renovar sus tripulaciones con marineros capaces, hízose á la vela para ponerse á rumbo hacia su nuevo destino. Un despacho, que sólo debía abrir estando á bordo, le prescribía gobernar directamente hacia Cádiz para reunirse con los seis navíos que había armado en este puerto el almirante Dumanoir, y los cinco navíos españoles del Ferrol, que con los tres que él llevaba debían componer una división de catorce naves de porte mayor. Posible era que hubiese llegado ya allí la escuadra de Rochefort, que mandaba el almirante Bruix; en tal caso podía reunirse una escuadra de más de veinte navíos que se enseñorearía del Mediterráneo por espacio de algunos meses, recibiría las tropas de Otranto, y podría llevar socorros inmensos á Egipto. Ignorábase aún en Francia que era demasiado tarde, y que no quedaba más defensa que la de la plaza de Alejandría. Con todo, no era cosa indiferente el salvar este último punto.

El almirante Linois se apresuró á obedecer, é hizo rumbo hacia Cádiz. Dió caza en el camino á algunas fragatas inglesas que estuvo á punto de apresar. Fuéronle contrarios los vientos á la entrada del Estrecho, y consiguió por fin penetrar en él hacia principios de julio (mediados de mesidor). Habiéndole dado aviso de que la escuadra inglesa de Gibraltar se conservaba á la vista de Cádiz, surgió en el puerto español de Algeciras el 4 de julio por la noche (15 mesidor).

Cerca del estrecho de Gibraltar, esto es, hacia la punta meridional de la Península, entreábranse las costas montañosas de España, y tomando la figura de una herradura, forman una bahía profunda cuya abra vuelve hacia el Mediodía. En uno de los costados de esa bahía está situada Algeciras, y en el otro Gibraltar, de modo que Algeciras y Gibraltar están frente por frente á unas cuatro mil toesas de distancia entre sí (cerca de legua y media). Desde Algeciras por medio de un anteojo común se ve distintamente lo que pasa en Gibraltar; no había un solo buque inglés en la bahía, pero el contraalmirante Saumarez no estaba lejos. Observaba con siete navíos el puerto de Cádiz, donde estaban á la sazón reunidas varias divisiones navales francesas y españolas, y noticioso de lo que pasaba, se apresuró á aprovechar la ocasión que se le ofrecía de destruir la división de Linois, puesto que tenía siete navíos contra tres. Sin embargo, de estos siete había destacado uno, que era el *Soberbio*, para observar la desembocadura del Guadalquivir. Dió la señal de reunión, pero viendo el viento contrario al rumbo del *Soberbio*, navegó hacia Algeciras con seis navíos y una fragata.

El almirante Linois por su parte recibió avisos de las autoridades españolas del peligro que le amenazaba, y recurrió á las únicas precauciones que le permitió tomar la naturaleza del paraje. La costa de Algeciras, situada en la bahía que lleva este nombre según acabamos de describir, frente por frente á Gibraltar, ofrece más bien que un puerto un fondeadero. Es una costa poco saliente y enteramente recta que se prolonga del Sur al Norte, sin la menor entrada donde puedan abrigarse los buques.

Sólo hay á las dos extremidades de este fondeadero dos baterías, la una al Norte de Algeciras en un punto elevado de la costa, y conocida con el nombre de batería de Santiago; la otra al Mediodía en un islote llamado la Isla Verde. La batería de Santiago estaba artillada con cinco piezas de á diez y ocho, la de la Isla Verde con siete de á veinticuatro; el socorro no era grande, atendiendo sobre todo á que la indolencia española tenía desamparados todos los puertos de la costa, sin artilleros y sin municiones. No obstante, el almirante Linois se puso de acuerdo con las autoridades locales, que hicieron cuanto les fué posible para socorrer á los franceses. Dispuso sus tres navíos y su fragata á lo largo de la orilla, apoyando los dos extremos de tan breve línea en las dos posiciones fortificadas de Santiago é Isla Verde. Era el primero el *Formidable*, que más avanzado hacia el Norte, se apoyaba en la batería de Santiago; seguía el *Desaix* que estaba en el centro; después el *Indomable*, el más avanzado hacia el Mediodía y hacia la batería de la Isla Verde. Entre el *Desaix* y la Isla Verde estaba por fin la fragata *Muirón*. Había algunas chalupas españolas entremezcladas con las naves francesas.

El 6 de julio de 1801 (17 mesidor del año IX) á cosa de las siete de la mañana, el contraalmirante Saumarez, viniendo de Cádiz con viento Oeste Noroeste, gobernó hacia la bahía de Algeciras, dobló el cabo Carnero, entró en la bahía, y se encaminó hacia la línea que formaban acoderados los buques franceses. El viento, poco favorable al rumbo de las naves inglesas, las separó unas de otras, y felizmente no les permitió obrar con el conjunto deseable. El *Venerable*, que iba á la cabeza de la columna, quedó detrás y tomó su lugar el *Pompeyo*; éste, subiendo por lo largo de nuestra línea, desfiló sucesivamente bajo el fuego de la batería de la Isla Verde, de la fragata *Muirón*, del *Indomable*, del *Desaix* y del *Formidable*, disparando sus andanadas contra cada uno de ellos y fué á tomar posición á tiro de fusil de nuestra capitana, que era el *Formidable*, mandado por Linois. Trabóse entre estos dos adversarios un encarnizado combate casi á boca de jarro. El *Venerable*, distante en un principio del lugar de la acción, trató de acercarse para unir sus esfuerzos á los del *Pompeyo*. El *Audaz*, tercero de los navíos ingleses, destinado á combatir con el *Desaix*, no pudo llegar á su altura, detúvose delante del *Indomable*, que era el último al Sur, y rompió contra éste un vivo cañoneo. El *César* y el *Spencer*, cuarto y quinto navíos ingleses, estaban el uno á espalda y el otro impelido al fondo de la bahía por el viento que soplabá de Oeste á Este. Finalmente, el sexto, que era el *Anibal*, llevado en un principio hacia Gibraltar, pero que después consiguió forzando de vela aproximarse á Algeciras, maniobró para tomar la vuelta á nuestra capitana el *Formidable*, y se puso entre ella y la costa. Recio era el combate entre las naves que habían podido juntarse. Para no verse impelidos de Algeciras á Gibraltar, cada navío inglés echó un ancla; nuestra capitana tenía que batirse contra dos, el *Pompeyo* ó el *Venerable*, é iba á habérselas con tres si el *Anibal* conseguía tomar posición entre ella y la costa. El capitán del *Formidable*, el valiente Lalonde, fué arrebatado por una bala de cañón; el fuego continuaba con extremado ímpetu á los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva el primer cónsul!* El

almirante Linois que iba á bordo del *Formidable*, dando á tiempo el través al *Pompeyo*, que sólo se le presentaba por delante, consiguió desbarbolarle, y dejarle casi fuera de combate. Aprovechando al mismo tiempo el cambio de la brisa que saltó al Este y soplabá hacia Algeciras, hizo señal á sus capitanes de cortar sus cables y dejarse varar para no consentir á los ingleses pasar entre nosotros y la costa, y ponernos entre dos fuegos, como hizo Nelson en la batalla de Aboukir. Esta varadura no podía producir graves inconvenientes en cuanto á la seguridad de los bastimentos franceses, porque estaba la marea baja y había seguridad de salir á flote fácilmente con la pleamar. Esta orden dada á tiempo salvó á la división; el *Formidable*, después de poner al *Pompeyo* fuera de combate, se dejó encallar sin experimentar sacudimiento por haber amansado la brisa al cambiar de dirección, y esquivando de este modo el peligro con que le amagaba el *Anibal*, adquirió con respecto á éste una posición formidable. En efecto, queriendo el *Anibal* ejecutar su maniobra, varó también y permaneció inmóvil entre el doble fuego del *Formidable* y de la batería de Santiago. En tan peligrosa situación hace inauditos esfuerzos para ponerse á flote, pero la marea bajaba y se encontró irremediamente enclavado en su posición. Recibió por todas partes espantosas descargas de artillería, no sólo del fuerte y del *Formidable*, sino también de las lanchas cañoneras españolas. Echó á pique una ó dos de estas lanchas, pero recibió más andanadas que las que podía él disparar. Juzgando el almirante Linois que la batería de Santiago no estaría bien servida, desembarcó al general Devaux con un destacamento de tropas francesas que llevaba á bordo; redobla entonces el fuego de dicha batería, y el *Anibal* se ve abrumado y rendido; pero un nuevo adversario acude á completar su derrota. El segundo navío francés, el *Desaix*, que estaba colocado cerca del *Formidable*, obedeciendo á la orden de arrumbar hacia la costa, y habiendo ejecutado con lentitud su maniobra por haber desfogado la brisa, se encontraba un tanto fuera de la línea, igualmente á la vista del *Anibal* y del *Pompeyo* que el *Formidable* descubrió á sus fuegos al varar. El *Desaix*, aprovechando esta buena posición, despidió una rociada contra el *Pompeyo*, maltratándole hasta el punto de obligarle á arriar la bandera, y después dirige todas sus descargas contra el *Anibal*. Sus balas rozando contra los costados de nuestra capitana causan en aquél un estrago espantoso, hasta que no pudiendo ya sostenerse amaina también su bandera. De los seis navíos ingleses, dos por consiguiente se veían reducidos á rendirse; los otros cuatro á fuerza de maniobrar volvieron á entrar en línea lo bastante para atacar de cerca al *Desaix* y al *Indomable*. El *Desaix* sostuvo contra ellos el combate antes de encallar, mientras el *Indomable* y la fragata *Muirón* les asestaban descargas bien dirigidas, retirándose lentamente hacia la costa. Vinieron á colocarse estas dos naves bajo la batería de la Isla Verde, cuya artillería dirigían algunos soldados franceses desembarcados.

Duraba el combate hacía muchas horas con la mayor energía. El almirante Saumarez, después de haber perdido dos navíos, no esperando ya resultado ninguno de esta acción, puesto que para abordar á los franceses más de cerca hubiera sido preciso correr el azar de varar con ellos, dió la señal de retirada, dejando en nues-

tro poder el *Anibal*, pero queriendo quitarnos el *Pompeyo*, que permanecía inmóvil y desbarbolado en el campo de batalla. Había traído de Gibraltar dicho almirante embarcaciones que consiguieron remolcar el casco del *Pompeyo*, que nuestras naves encalladas no podían volver á tomar. El *Anibal* quedó en poder nuestro.

Tal fué el combate de Algeciras en que tres navíos franceses batallando contra seis ingleses, destruyeron dos, y de éstos hicieron uno prisionero. Los franceses estaban llenos de júbilo, á pesar de haber sufrido graves y dolorosas pérdidas; el capitán Lalonde, que montaba el *Formidable*, fué muerto. Moncoustú, que montaba el *Indomable*, murió también heroicamente; llegaban á unos doscientos nuestros muertos, y á trescientos nuestros heridos, entre todos quinientos oficiales y marineros fuera de combate, de dos mil que tripulaban la escuadra; pero los ingleses perdieron novecientos entre muertos y heridos, y sus buques quedaron acribillados.

Por gloriosa que hubiera sido esta acción, no estaba todo concluido; en el estado de descalabro en que se hallaban nuestros buques, era forzoso salir del fondeadero de Algeciras. El almirante Saumarez, fuera de sí de cólera, juraba vengarse así que Linois dejase su abrigo para pasar á Cádiz, y hacía grandes preparativos, invertía todos los recursos del puerto de Gibraltar en reponer su división en estado de combatir, y aun disponía brulotes resuelto á incendiar por lo menos las naves francesas caso de no poder atraerlas á alta mar. El almirante Linois no tenía por su parte para reparar sus averías más que los recursos casi nulos de Algeciras; el arsenal de Cádiz no estaba en verdad distante, pero no era muy fácil sacar de él materiales por mar á causa de los ingleses, ni por tierra por lo embarazoso del transporte; y entretanto las maniobras altas de los navíos franceses estaban destruidas, y muchos de sus palos mayores tronchados ó mutilados. Hizo el almirante Linois cuanto pudo para ponerse en estado de volver á la mar. Ni siquiera había vendajes para los heridos, y fué preciso que los cónsules franceses y de los pueblos vecinos le enviasen en posta facultativos y medicamentos.

Hallábase á la sazón en Cádiz la escuadra española procedente del Ferrol, con seis navíos además, regalados á la Francia y equipados con toda premura por el almirante Dumanoir. La fuerza de estas dos divisiones bajo el aspecto del número ofrecía seguridad sin duda alguna; pero la marina española, siempre digna por su valor de la ilustre nación á que pertenecía, se resentía de la negligencia general que paralizaba todos los recursos de la monarquía. La división del almirante francés Dumanoir, en cuya escasa dotación había marinos de toda clase de procedencias, no podía inspirar gran confianza; ninguno de los buques que la componían podía compararse con los de la división Linois, experimentados en largos cruceros, y llenos de arrojo con su última victoria.

Muchas instancias se necesitaron para decidir al almirante Mazarredo, que comandaba en Cádiz con muy poca simpatía hacia nosotros, á ir en socorro del almirante Linois; por último, el 9 de julio (20 mesidor) destacó al almirante Moreno, oficial excelente, lleno de valor y de experiencia, y le encaminó hacia Algeciras con los cinco navíos españoles sacados del Ferrol, uno de los seis entregados á Dumanoir llamado el *San Antonio*,

y tres fragatas. Llevaba esta escuadra el material destinado á la división de Linois, y en una jornada se puso en el fondeadero de Algeciras.

Empleáronse el día y la noche en reparar los tres navíos que tan glorioso combate habían trabado, y que con la primera marea volvieron á salir á flote. Rehiciéronse sus aparejos lo mejor y más pronto posible, hicieronse masteleros de gavia con los de juanete, y el 12 por la mañana estuvieron dispuestos á hacerse á la vela. Otro tanto se hizo con el navío *Anibal* apresado á los ingleses, que se determinó también llevar á Cádiz.

El 12 por la mañana levó y dió la vela la escuadra combinada con un viento del Esnordeste que la impelió hacia el Estrecho fuera de la bahía de Algeciras. Iba en orden de batalla, formando la retaguardia los dos navíos españoles el *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, de 112 cañones; según es costumbre en la marina española, sus dos almirantes iban en una fragata, que era la *Sabina*. Al obscurecer el día se echaron los vientos; no se quiso volver al fondeadero de Algeciras por lo peligroso que era el tomar esta posición á vista de una división enemiga, y porque además era de temer la llegada de los refuerzos que esperaba á cada instante la escuadra inglesa. Decidióse no obstante dejar atrás el *Anibal*, que no podía navegar ya ni remolcado por la fragata *Indiana*, y se le envió otra vez al fondeadero de Algeciras. La escuadra combinada se puso en facha, esperando que en el transcurso de la noche volverían á arreciar los vientos. El almirante Saumarez mandó también por su parte hacerse á la vela; había perdido el *Anibal*; el *Pompeyo* no podía ya servir en adelante; quedábanle, pues, tan sólo cuatro navíos de los seis que en Algeciras habían combatido. Pero se le acababa de reunir el *Soberbio*, con lo cual formaba una división de cinco navíos, además de varias fragatas y algunos barcos ligeros provistos de materias incendiarias, porque llevó su encarnizamiento y su ciega ira hasta el punto de poner en sus naves hornos para enrojecer las balas. Aunque sólo tenía cinco buques grandes, teniendo nueve los aliados, estaba resuelto á arrostrar por todo para vengar la humillante derrota de Algeciras y evitar el fallo formidable del almirantazgo inglés. Seguía, pues, á la escuadra franco-española á muy corta distancia, espionando el momento de caer sobre la retaguardia á la ocasión propicia.

Refrescó el viento hacia media noche, y la escuadra combinada hizo rumbo hacia Cádiz. Su colocación sufrió algún cambio: formaban la retaguardia tres navíos puestos en línea, el *San Carlos* á la derecha, el *San Hermenegildo* en el centro, y á la izquierda el *San Antonio*, navío de setenta y cuatro, ya francés. Navegaban de este modo bordo á bordo guardando entre sí muy pequeña distancia. La obscuridad era profunda. Mandó el almirante Saumarez al *Soberbio*, buque de mucho andar, forzar de vela y atacar á nuestra retaguardia; hizo lo al punto y llegó en breve á la escuadra franco-española, apagando sus faroles para ser menos visto, y colocándose de costado detrás del *San Carlos* le disparó una andanada llena; luego sin descanso le dirigió otras dos rociadas tirando con bala roja. Prendió el fuego al punto en el *San Carlos*, advirtiéndole el *Soberbio*, se detuvo y aferrando el velamen permaneció á cierta distancia. El *San Carlos* entregado á las llamas y maniobrado con

desorden cedió al viento, y en vez de permanecer en línea, se halló en breve á espalda de sus compañeros. Disparaba en todas direcciones y sus balas llegaron al *San Hermenegildo*, el cual creyéndole cabeza de la columna inglesa, le hizo una descarga cerrada. Apoderóse entonces un funesto error de las dos tripulaciones españolas, que se tomaron por enemigas: abordáronse con furor, y juntándose hasta tocar sus vergas, empeñaron un encarnizado combate: el incendio, cada vez más violento á bordo del *San Carlos*, se comunicó en breve al *San Hermenegildo*, y en este estado continuaron los dos navíos disparando el uno contra el otro con toda violencia.

Las escuadras opuestas estaban igualmente sumergidas en tinieblas é ignorantes de lo que estaba pasando, y excepto el *Soberbio*, que debía comprender aquel funesto engaño, puesto que era su autor, ningún buque se atrevía á acercarse por no saber cuál era español y cuál inglés, y á quién había que atacar ó socorrer. El buque francés *San Antonio* se había alejado de aquella peligrosa cercanía; el incendio llegó á ser intenso de allí á poco, é iluminó la mar con resplandor siniestro. Es fama que entonces se disipó la funesta ilusión que armaba unos contra otros á aquellos valientes españoles; pero era ya tarde; voló el *San Carlos* con espantoso fracaso; pocos instantes después voló también el *San Hermenegildo*, llenando de terror y consternación á las dos escuadras, que ignoraban á quién acontecía aquel tremendo desastre.

Viendo el *Soberbio* al *San Antonio* separado de los otros dos, se encaminó á él y le acometió arrojadamente. Este navío recientemente armado se defendió con todo el orden y serenidad que son indispensables para manejar tan colosales máquinas de guerra. Quedó horriblemente malparado, y acudiendo de súbito dos nuevos adversarios, el *César* y el *Venerable*, no pudo evitar su derrota, por lo cual arrió bandera después de quedar asolado (1).

Cruelmente se había vengado el almirante Saumarez, no con mucha gloria de su parte, pero sí con mucho daño para la escuadra española. Los dos almirantes Linois y Moreno, que montaban el *Sabina*, se mantuvieron lo más cerca posible de aquella escena espantosa, y no pudiendo por causa de la obscuridad ni distinguir lo que pasaba ni dar órdenes oportunas, padecían las más terribles inquietudes. Al despuntar el día estaban á cierta distancia de Cádiz con su escuadra recogida, pero con tres navíos menos, el *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, que habían volado, y el *San Antonio*, que apresó el enemigo.

El cuarto navío de la escuadra combinada, que era el *Formidable* y que hacía de capitana de Linois, había quedado atrás resentido del daño que había sufrido cubriéndose de gloria en el combate de Algeciras. Privado de una parte de su velamen, bogaba lentamente,

(1) Después de la horrible explosión de los dos navíos españoles, que produjo en el puerto de Cádiz el efecto de un terremoto, según nos cuentan los que fueron testigos de aquel desgraciado suceso, abordaron al *San Antonio* en lanchas unos trescientos hombres de los dos mil que componían las tripulaciones de los dos navíos incendiados, é hizo su mala estrella que fuera en el momento mismo de entregarse al enemigo el buque donde buscaban salvamento.

(N. del T.)

y temeroso por su cercanía con los dos buques incendiados de las funestas equivocaciones de la noche, se mantuvo á retaguardia juzgando no poder ser útil á ninguno de los combatientes. De este modo se halló un tanto desviado de la escuadra. Avistáronle los ingleses de madrugada, y viéndole aislado le envolvieron y atacaron con una fragata y tres navíos (2). El almirante Linois, al pasar á bordo de la fragata *Sabina*, había dejado el mando del *Formidable* á uno de sus lugartenientes, el capitán Troude; este entendido y valiente oficial, juzgando con singular presencia de ánimo que si trataba de ponerse en salvamento á fuerza de velas pronto le rebasarían los navíos del enemigo, mejor aparejados que el suyo, resolvió salvarse por medio de una maniobra bien dirigida y de un combate vigoroso.

Toda la tripulación participaba de sus mismos sentimientos, y nadie quería perder los laureles de Algeciras; componíase de antiguos marineros experimentados en largas navegaciones y avezados á la guerra, más necesaria aún en mar que en tierra. Su digno capitán Troude no espera á que los adversarios que le persiguen estén todos reunidos contra el *Formidable*; endereza la proa hacia el que le acosa más de cerca, que era la fragata *Támesis*; boga á todo trapeo y lanza sobre ella una descarga terrible de arriba abajo que la deja al punto escarmentada de aquella lucha desigual. Venía tras la fragata navegando á toda vela el *Venerable*, navío inglés de sesenta y cuatro cañones; el capitán Troude, reconociéndose también superior á él (pues el navío *Formidable* era de ochenta), le aguarda para el combate, mientras los otros dos navíos ingleses, intentando rebasarlo se dirigen á cortar el rumbo de Cádiz. Maniobrando diestramente presenta su formidable costado erizado de cañones á la proa desnuda del *Venerable*, y reuniendo con la superioridad de sus piezas la ventaja de la maniobra le acribilla á balazos, le troncha primero un árbol y luego los otros dos, y después de dejarle raso como un pontón, sigue disparándole á flor de agua varias rociadas tremendas que le ponen á pique de irse á fondo. Aquel desgraciado navío, horriblemente mutilado, excita la consternación en el resto de la división inglesa. Vuelve atrás la fragata *Támesis* para socorrerle; los otros dos navíos ingleses que trataban de interceptar al *Formidable* su derrotero, viran al punto en redondo y se dirigen á la vez á salvar á la tripulación del *Venerable*, que temía irse á pique, y á confundir al navío francés que tan soberbia resistencia hacía. Éste, confiando en su maniobra y en su buena suerte, dirige contra ellos repetidas andanadas rápidas y certeras, los desanima y los envía á socorrer al *Venerable*, próximo ya á zozobrar si no se acude con toda diligencia á salvarle.

El valiente capitán Troude, libre de sus numerosos enemigos, gobierna triunfante hacia el puerto de Cádiz. Estaba reunida en la playa gran parte de la población española que había acudido al ruido de las explosiones y al estampido del cañoneo durante la noche. Había presenciado los peligros y el triunfo del navío francés, y á pesar del natural sentimiento que causó en ella la desgracia ya divulgada de los dos navíos españoles, re-

(2) La fragata *Támesis*, y los navíos *César*, *Venerable* y *Soberbio*.

cibió con aclamaciones de entusiasmo al *Formidable* al entrar victorioso en su bahía.

Los ingleses no podían disputarnos la gloria de estos combates, y en cuanto al descalabro material puede decirse que era igual por una y otra parte. Si bien los franceses habían perdido un navío y los españoles dos, los ingleses dejaron en nuestro poder un navío y les quedaron dos tan mal parados que casi no podían ya volver á servir. A no ser por un accidente nocturno, hubieran podido considerarse como enteramente batidos en aquellos diversos encuentros. El combate de Algeciras y el regreso del *Formidable* entran en el número de los hechos de armas más gloriosos de los anales de la marina; pero los españoles se mostraron pesados, porque aunque su almirante se hubiese comportado dignamente, no les indemnizaba una acción, por memorable que fuera, de la pérdida del *San Carlos* y del *San Hermenegildo*.

Pero los acontecimientos de Portugal eran para ellos más consoladores. Dejamos al príncipe de la Paz disponiéndose á empezar la guerra contra aquel reino á la cabeza de las fuerzas combinadas de las dos naciones, y con el propósito ya prolijamente expuesto de influir en las negociaciones de Londres.

Según el plan convenido, los españoles debían maniobrar sobre la izquierda del Tajo y los franceses sobre la derecha. Habíase reunido delante de Badajoz treinta mil de los primeros sobre la frontera del Alentejo; por Salamanca y hacia Tras-os montes iban marchando quince mil franceses. Merced á los esfuerzos precipitados que se hicieron, á los préstamos del clero y á dejar á un lado todas las atenciones públicas, se consiguió equipar á los treinta mil españoles; pero el tren de artillería quedaba á mucha distancia, y sin embargo, el príncipe de la Paz, fiándose con razón en el efecto moral que produciría la reunión de los franceses y españoles, quiso romper las hostilidades y apresurarse á recoger los primeros laureles. Mostraba empeño en alzarse con toda la gloria de aquella campaña, y trataba de servirse de los franceses únicamente como de recurso en caso de revés. Bien podía dejarse semejante satisfacción al príncipe de la Paz. Los franceses en aquella ocasión no corrían en pos de la gloria, y sólo ambicionaban resultados útiles; consistían estos resultados en ocupar una ó dos provincias de Portugal para adquirir nuevas prendas contra Inglaterra. Aunque la guerra parecía fácil, había, no obstante, peligro de que llegara á hacerse nacional entre los portugueses; el odio de éstos á los españoles hubiera bastado para que esto se verificase si la aproximación de los franceses, que se mantenían unas cuantas jornadas á retaguardia, no hubiese desvanecido todo capricho é intención de resistencia. Apresuróse, pues, el príncipe de la Paz á atravesar la frontera y á atacar las plazas de Portugal con artillería de campaña á falta de otra propia para el asedio. Ocupó sin dificultad á Olivenza y Jurumenha, pero las guarniciones de Elvas y de Campomayor se encerraron en sus muros y mostraron quererse defender. Mandó el príncipe de la Paz bloquearlas, y entretanto marchó al encuentro del ejército portugués mandado por el duque de Alafons. No se sostuvieron los portugueses en parte alguna, y huyeron hacia el Tajo. Las plazas bloqueadas abrieron entonces sus puertas; rindióse Campomayor,

TOMO VI

y se emprendió el sitio de Elvas en regla con un tren de artillería enviado de Sevilla.

El príncipe de la Paz persiguió en marcha triunfal al enemigo, atravesó rápidamente por Azumar, Alegrete, Portalegre, Castello-de-Vide y Flor-de-Rosa, y llegó por fin al Tajo, detrás del cual los portugueses buscaron apresuradamente abrigo. Consiguió hacerse dueño de casi toda la provincia de Alentejo; aún no habían los franceses atravesado la frontera del Portugal, y era evidente que si los españoles solos habían conseguido semejantes resultados, reunidos con los franceses debían hacerse dueños en pocos días de Lisboa y Oporto. La corte de Portugal, que se había casi siempre negado á creer que fuese formal el ataque dirigido contra ella, viendo ahora el punto á que habían llegado las cosas, se apresuró á someterse, y envió al cuartel general español al señor Pinto de Souza, para que aceptase todas las condiciones que á los dos ejércitos combinados pluguiera imponerle. El príncipe de la Paz, que quería hacer á sus amos testigos de su gloria, hizo pasar á Badajoz al rey y á la reina de España para distribuir premios al ejército y celebrar una especie de congreso. Así quería aquella corte, antes grande y hoy deshonrada por una reina disoluta y por un favorito incapaz y dueño absoluto del poder, hacerse la ilusión de que entendía en negocios de grande importancia. Luciano Bonaparte acompañó á los reyes á Badajoz. Tales eran los sucesos á fines de junio y principios de julio.

Los combates de Algeciras y de Cádiz, que no podían menos de aumentar la confianza de nuestra marina; la breve campaña de Portugal, que probaba la influencia del primer cónsul en la Península, y el poder que tenía de tratar al Portugal como á Nápoles, Toscana y Holanda, eran en cierto modo una compensación de los acontecimientos de Egipto que hemos referido. Ignorábanse la batalla de Canope, la capitulación ya firmada en el Cairo y la otra capitulación ya inevitable de Alejandría. Las noticias no se transmitían entonces por mar con la misma rapidez que hoy; se necesitaba un mes por lo menos, y algunas veces más, para saberse en Marsella cualquier acontecimiento ocurrido en el Nilo. De las cosas de Egipto sólo se sabía el desembarco de los ingleses y sus primeros combates en la playa de Alejandría; nadie se imaginaba lo que había sucedido después, y había las mayores dudas sobre el resultado definitivo de la contienda. No había, pues, disminuido en nada el peso de la Francia en la balanza de las negociaciones; aumentaba, por el contrario, con la gran influencia que cada día iba adquiriendo en Europa.

El tratado de Luneville producía sus inevitables consecuencias. El Austria desarmada y ya impotente en el concepto de todos, dejaba ancho campo á nuestros proyectos. La Rusia, desde la muerte de Pablo I y el advenimiento de Alejandro, si bien no continuaba dispuesta á tomar medidas energicas contra la Inglaterra, tampoco lo estaba á oponerse á los designios de la Francia en Occidente. El primer cónsul no ponía ya esmero en ocultar sus miras; acababa de convertir con un simple decreto al Piamonte en departamentos franceses, sin que aparentemente le diesen mucho cuidado las reclamaciones del negociador ruso. Había declarado en cuanto á Nápoles que el tratado de Florencia seguiría siendo la ley impuesta á aquella corte. Génova acababa

37